

Así se ve, en los cuadros siguientes:

ROMA

Hospitales	fr. 1.449.306
Otros establecimientos de beneficencia....	„ 3.538.720
Total	fr. 4.988.026

ó sea unos 27 francos 77 ct. por cada habitante.

LONDRES

Hospitales	fr. 6.673.125
Otros establecimientos de beneficencia..	„ 14.277.375
Tasa de los pobres (1856).....	„ 34.011.600
Total	fr. 54.962.100

ó sea 23 francos 26 ct. por cada habitante.

Esto quiere decir que, haciendo á Londres todo el favor posible, no llega á nivelar *sus egresos filantrópicos*, con el presupuesto de la caridad romana.

Juzgo, señor, que, sobre este punto, queda bien limpia de toda mancha la Curia romana.

Aún me restan muy importantes comparaciones que hacer.

Ellas serán materia de mi próxima carta.

Vuestro atento servidor

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 29 de octubre de 1870.

CARTA SEPTIMA

Sr. Doctor Don Francisco de P. González Vigil.

Muy respetado señor:

La supresión legal de la mendicidad y el establecimiento de la *tasa de pobres* para reemplazar á la limosna no fueron eficaces, ni para curar el pauperismo, ni para desterrar á los mendigos.

Las llagas sociales se exasperan notablemente, cuando la Autoridad pública intenta suprimirlas, en vez de curarlas.

Así ha sucedido en Inglaterra.

A la forma natural y honesta de que la miseria y la indigencia se revestían para estimular, en su favor, la misericordia del rico, sustituyóse el artificio y el dolo de que se valen la pobreza, la ociosidad ó el crimen para explotar la compasión ajena y tender un lazo á la liberalidad.

La Filantropía moderna halló la *penitencia, en su propio pecado*. Parecióle *feísima mancha de la civilización moderna la mendicidad honesta* y quiso limpiarla con un decreto gubernativo; entonces, condenó la Providencia, por un justo y altísimo juicio, á todos los horrores y á todas las ignominias de la *mendicidad criminal*.

En prueba de esta verdad, me contentaré con transcribir aquí un aviso, fijado por carteles, en todos los barrios pobres de Londres, en diciembre de 1857 y reproducido además por el *Weekly Times*.

Hélo aquí (1):

(1) Puede verse también este aviso en el *Independiente* de Turín de 20 de diciembre de 1857.

AVISO

ARTE DE MENDIGAR EN SEIS LECCIONES

El profesor Lázaro Roonay se toma la libertad de anunciar al público que ha establecido un colegio destinado á enseñar la teoría y la práctica de la mendicidad, en su honesto ejercicio.

Toda persona bien educada, formal y dotada de una inteligencia regular puede, en solo un curso de seis lecciones, ponerse en estado de dividir fácilmente á costa del público, sin estar expuesta á los cataclismos políticos. Los niños confiados á sus cuidados, aunque sean de muy tierna edad, pueden tomar cualquier forma, sin grande daño de las articulaciones y sin temor de alterar su propia salud. Mediante cierto precio, se indicarán las mejores calles de los barrios caritativos.

El profesor Roonay tiene una abundante provisión de certificados, desollones, heridas de fusil y de todas clases, imitadas del natural.

Las mujeres inteligentes y solícitas podrán obtener, mediante una módica retribución diaria, gemelos, particularmente aptos para el servicio de las calles. El profesor se encarga de proporcionar perros para los ciegos, estampitas, y en general todo lo necesario para el oficio. Hace envíos á las provincias con prontitud y discreción. 21 *Princess street St. Giles*.

¡Ay de nosotros!, si en alguna de las calles de la Ciudad Eterna se hubiere visto alguna vez, impreso en letras de molde, un aviso semejante!

Ya nos hubiérais cansado los oídos, á fuerza de repetírnoslo, como una prueba irrecusable de la mendicidad de Roma; y para hacernos *más agradable el cuento* habríais repetido los consabidos lugares comunes de

oscurantismo, retroceso, barbarie, tinieblas de la edad media, despotismo y otros nombres, más ó menos denigrantes é injuriosos, con que suele *agasajarnos la secta liberal*.

Ese aviso publicado en Roma habría sido un escándalo inaudito, que hubiera merecido los honores de una publicidad extraordinaria y los anatemas de toda la prensa liberal, y, quizá, hasta una palabra vuestra, en *El Comercio* de Lima, que no es poco decir; pero, es una ignominia de Londres, de la gran ciudad del *Protestantismo* y la *Civilización*; y nadie dice una sola palabra, y, si alguna vez un indiscreto denuncia el atentado, no hay industrias á que no apele la *caridad* para escusarlo.

En Roma habría sido *criminal*; en Londres es *deplorabile*.

En Roma habría sido fruto exclusivo del *Gobierno del Papa*; en Londres tiene lugar, *apesar de la solicitud y sabiduría del Gobierno de S. M. la Reina*.

En Roma habría sido el *escándalo del mundo* y habría merecido la *reprobación universal*; en Londres es objeto de una *benévola indulgencia* y hasta de un *caritativo silencio*.

Ved, pues, señor, como hay dos *números*, dos *pesos* y dos *medidas*.

Es imposible que en el fondo de vuestra conciencia no se levante el sentimiento de la justicia á decir al oído de vuestra alma: *esto es verdad*.

Pero, la *Filantropía moderna* no sólo ha engendrado los *mendigog artificiales*; es también *fruto maldito de su vientre* esa inmensa turba de *ladrones*, que hierve, en el seno de la gran Metrópoli, como los gusanos, en el interior de una fruta de suave olor y agradable aspecto.

Si Lord Clarendon hubiera tenido *vergüenza* y *patriotismo* se habría abstenido de levantar su voz en el

Congreso de París, contra los ladrones de la Rumania; pero, los enemigos de la Iglesia católica pierden, no digo yo la *vergüenza* y el *patriotismo*, hasta el *sentido común*, cuando se trata de herir é infamar al Pontificado.

Como una prueba de lo que dije anteriormente acerca del empeño, que pone la *secta*, en pregonar, por todos los clarines de la fama, los *defectos* de Roma y ocultar, con los más espesos y tupidos velos, los *vicios* de Londres, haré observar la notoriedad, que ha llegado á conseguir en el mundo el *bandolerismo* de los *Estados Romanos* y la ignorancia, casi general, en que están todos sobre las inmensas proporciones, que ha alcanzado el robo, en la Metrópoli de la Gran Bretaña.

En este punto hablo por experiencia propia, pues, mientras que cien veces he sido interrogado sobre los *briganti* de Roma, ni una sola vez me ha preguntado nadie por los *ladrones* de Londres.

Es preciso que la luz del siglo XIX alumbré, con sus resplandores, el repugnante y nauseabundo espectáculo de esa vasta organización que ha recibido el *robo*, en la capital de Inglaterra.

Eduardo Fournier, socio corresponsal de la sociedad de anticuarios de Londres, ha recogido y publicado los nombres populares de las diversas especies de ladrones, que pululan, en el seno de la gran ciudad.

Quiero que leáis este curiosísimo cuadro, que ya no produce, ni indignación, ni lástima, sino únicamente asco (1).

(1) Hemos tomado este cuadro de la muy interesante obra, titulada "Roma y Londres", escrita en italiano por el abate Margotti y traducida al castellano por el señor D. Joaquín Rubio y Ors-Barcelona. 1859.

Aprovechamos esta oportunidad para recomendar á nuestros lectores la lectura de este precioso libro.

LOS LADRONES Y LOS IMPOSTORES EN LONDRES

- Ugright-men*, jefes de partida.
- Rufflers*, falsos inválidos.
- Anglers* ú *Hookers*, ladrones que se sirven de ganancias.
- Wild Rogues*, ladrones consumados.
- Palliards*, mendigos de padre en hijo.
- Fraters*, ladrones que piden con documentos falsos.
- Prigs*, ladrones pretendientes.
- Swaddlers*, ladrones que maltratan á sus víctimas.
- Curtals*, ladrones de telas.
- Irish Toils*, mercaderes supuestos.
- Swig-men*, variedad de la misma especie.
- Patri Coes*, especie de vagos.
- Jark-emen*, falsarios.
- Abram-men*, mendigos de traje abigarrado.
- Badgers*, ladrones de caminos, que se sitúan cerca de los ríos.
- Vhip-Jaeks*, supuestos marinos.
- Strowlers*, vagos.
- Dommerars*, mendigos que se fingen mudos.
- Glimmerers*, mendigos que llevan certificados falsos.
- Bawdy Baskets*, buhoneros que venden libros obscenos.
- Autem-Morts*, mendigos que traen niños consigo.
- Faytors* ó *Fators*, ladrones que desean la buena ventura.
- Bully-Huffs*, espadachines de casas de prostitución y de juego.
- Bully-Roks*, especie de matones.
- Hihk-Pads*, clase la más temible de ladrones de los caminos públicos.

Buffers, que matan los caballos para robar el pellejo.

Buffe, Knappers, ladrones de perros.

Cloak-Tuichers, ladrones de capas.

Rum Padders, ladrones que van en coche.

Files Bungnipers ó *Rum-Divers*, variedades de estafas.

Tat-Mongers, que roban en el juego.

Tatters, mendigos andrajosos.

Wiper-Drawers, que roban pañuelos de los bolsillos.

Adam Tilers, encubridores de los rateros.

Billi Traps, ladrones provocadores.

Clapperdungeons, mendigos de nacimiento.

Cursitors, supuestos ministros de la ley.

Dunakers, ladrones de ganado.

Foot-Pads, ó *Low Pads*, variedad de ladrones de caminos públicos.

Kidlays, ladrones de fardos ó paquetes.

Moon-Cusers, ladrones que se ofrecen para alumbrar.

Mumpers, mendigos que no quieren dinero.

Robberds Men, especie de ladrones.

Strowling Marts, viudas supuestas.

Sturdy-Beggars, mendigos útiles, que sirven para trabajar.

Swetners, ladrones á la americana.

Rum-Robbers, ladrones de vasos en las tabernas.

Rum-Dubbers Gilts ó *Picklocks*, ladrones que usan llaves falsas.

Draw-Lahtees, ladrones de campiña.

Rattling-Mumpers, que roban coches.

Blind Harpers, músicos que se fingen ciegos.

Glaziers, ladrones que entran por las ventanas.

Gypsies, gitanos.

Tartars, ladrones resueltos, atrevidos.

Counterfeit Cranks, ladrones que toman todas las formas.

Darkmans Burdge, ladrones que se introducen de noche en las casas.

Ken-Millers, ladrones de casas deshabitadas.

Water-Pads, ladrones de lanchas.

Shop-Lifts, ladrones de tiendas.

En vista de esta monstruosidad, sólo os pido, señor, que seáis imparcial; esto bastará para que confeséis que la *moralidad pública* de Roma es, en esta materia, muy superior á la de Londres.

Si el arte de robar fuera, en la Ciudad Eterna, siquiera una sombra de lo que es en la metrópoli del Protestantismo, el Diccionario de la lengua no habría bastado á la escuela liberal para denostar á la Curia romana.

Pero, hasta aquí, sólo hemos considerado la parte exterior y material de la caridad romana y de la filantropía inglesa.

Comparemos ahora, aunque rápidamente, el espíritu que anima la una y la otra y descubriéremos el profundo abismo que las separa.

La caridad romana es religiosa: es decir que deriva el amor al pobre del amor á Dios, que se nutre de la más pura y fervorosa piedad, que goza inefables delicias soportando al indigente, porque mira en sus dolores, en sus miserias, en su abandono, los signos de sublime semejanza con el Verbo humanado, que ennobleció para siempre la pobreza, despojándose con ella en la gruta de Belén y sellando con su sangre ese místico desposorio en la cima del Gólgota.

La filantropía inglesa no mira á Dios al través del pobre; por eso ha convertido la preciosa institución de la limosna cristiana en una carga pesada para el que la dá y vergonzosa y humillante para el que la recibe.

La caridad romana es humilde: ignora su mano si-

niestra lo que hace la diestra. En Roma, no se ostentan con aire de vanidad mundana los millares de beneficios que se hacen al pobre; esto explica, hasta cierto punto, la ignorancia común acerca de los institutos de misericordia de la Ciudad Eterna.

La filantropía inglesa es soberbia. Libros, folletos, periódicos, cuadros estadísticos, memorias generales y especiales; todo se emplea para que el universo entero conozca toda la extensión de la filantropía británica. De ahí viene que todo el mundo hable de los institutos de beneficencia de Inglaterra, y de la tasa de los pobres y de sus numerosos asilos, etc. etc. Y cada vez que un aristócrata de la orgullosa nación da á los pobres una parte de su inmensa riqueza, son pocas todas las voces de la fama para anunciar el prodigio de un polo á otro de la tierra.

La caridad romana es universal. En Roma, en esa patria única que las almas tienen en la tierra, se socorre al pobre sin preguntarle ni su nombre ni su patria, ni su estado, ni su religión. En esos asilos sacrosantos, que ha levantado la caridad para aliviar el infortunio, no se distingue al judío ni al gentil, al bárbaro ni al scita, sino que todos son una sola cosa, en el amor de N. S. Jesucristo (1).

La filantropía inglesa es egoísta. Allí hay preferencias y hasta exclusiones, que siempre condenará la caridad cristiana.

La caridad romana es completa; porque en Roma no sólo se da pan, vestido, aposento, medicina, sino que se da también los pensamientos, los afectos, el alma el corazón, la vida, haciendo de todo un holocausto para socorrer al desgraciado.

Recientes son los heroicos sacrificios que la caridad impuso á la noble matrona y al rico propietario, á los

(1) Epístola de San Pablo á los Colossenses, cap. III, v. 11.

simples sacerdotes y á los preladados de la Iglesia para asistir á los enfermos atacados por el cólera. Un eminente Príncipe y santo Pastor cayó herido de muerte, ejerciendo el sublime ministerio de consolar á sus ovejas (1).

La filantropía inglesa es mutilada. Da dinero y socorros materiales; pero no da ni podrá dar nunca lo que más vale: el sacrificio de sí mismo, hecho en aras de la caridad por servir al pobre.

Y es imposible que lo haga, porque ha apagado en su santuario el volcán de amor de la Eucaristía.

¡Desgraciado pueblo, el pueblo protestante!

¿Quién prenderá en el corazón de sus hijos la llama de la caridad, si en su templo no habita el Dios de la caridad, aquel Dios que vino á incendiar la tierra con el fuego de su amor? (2)

En Roma practican todos la caridad, siendo el primero en dar ejemplo de esta virtud, el pacífico Rey de aquella inmortal Ciudad.

Cualquiera que haya visitado la Ciudad Eterna durante el otoño, se habrá enternecido muchas veces, viendo discurrir por las calles de la población al anciano y augusto Pontífice, que da fuerza con una bendición de su mano y consuelo con una mirada de sus ojos; y la ternura del corazón, causada por su simple presencia, se habrá deshecho en lágrimas de admiración y gratitud, al saber que iba, como un peregrino de la caridad, á visitar los hospitales, los monasterios ó los asilos de misericordia.

Vedlo, de pie, á la cabecera del enfermo, confortando, con su presencia, las flaquezas de su espíritu; ved-

(1) El eminentísimo cardenal Luis Altieri, dignísimo obispo de Albano, que murió, socorriendo á los coléricos de su ciudad episcopal, en Noviembre de 1867.

(2) Evangelio de San Lucas, cap. 12 v. 49.

lo, inclinado sobre el pobre lecho, acercando sus augustos labios al oído del agonizante para llevar á su alma las dulces palabras de la esperanza y del consuelo; vedlo levantar su mano, que jamás bendice ni maldice en vano, y hacer sobre el enfermo la señal de la cruz, pronunciando las palabras de la reconciliación y del perdón.

¡Cuántas veces habrá curado, junto con las heridas del alma, las enfermedades del cuerpo, la suave unción de su celestial palabra!

¡Cuántas otras habrá huído, lleno de pavor y espanto, el Angel de la muerte, al sentir que se acercaba al lado de su víctima el Representante visible del Autor invisible de la vida!

Si la sombra de Pedro bastaba para curar á los enfermos (1), ¿qué maravillas no causará en las almas y en los cuerpos, no ya su sombra sola, sino, además, su presencia y su palabra?

Trasladémonos ahora á uno de esos asilos sacrosantos que la Religión ha levantado para defender la virginidad de las profanas miradas del mundo.

Allí moran escondidas en los agujeros de la Piedra (2), en las cinco llagas de Jesús crucificado, las blancas palomas, que no hallando do posar el pie, han corrido á refugiarse en esa arca de salud; y allí va á sorprenderlas la única visita que apetecen, después de la que su Esposo las hace, en el fondo de sus corazones; la del Papa, que es su Padre; la del Papa, único apoyo que tiene la virginidad en el mundo, contra los multiplicados asaltos de la Filosofía materialista y del Sensualismo moderno; la del Papa, que, sólo, en toda la serie de los siglos y en toda la extensión del orbe, ha llevado con honor la triple corona de la virginidad,

(1) Actas de los Apóstoles, cap. 5, v. 15.

(2) Cántico de los cánticos, cap. 2, v. 14.

del sacerdocio y del imperio; únicas dignidades que la Iglesia consagra, con sus bendiciones santas y sus ritos augustos.

Y las vírgenes del Señor interrumpen los amorosos coloquios con el Esposo de sus almas para escuchar la palabra de su Vicario en la tierra.

Yo renuncio, señor, á describir, porque me siento impotente para ello, todas las escenas de infinita poesía y de inefable ternura, que ofrece una de estas visitas del Papa á los monasterios de Roma.

No encuentro en la tierra nada con que pueda compararlas; pero, si elevo mi alma á las altísimas y dilatadas regiones del orden sobrenatural, ¡oh! allí si descubro su tipo sublime en la aparición de un Angel del Señor á la doncella de Nazaret para iluminar su cabeza virginal con la aureola de la Maternidad.

Sucesivamente, en diferentes días, van recibiendo todos los institutos de misericordia el consuelo de ser visitados por el Papa.

Los pobres viejos inválidos, los ciegos y sordomudos, y también los encarcelados tienen la satisfacción de escuchar sus palabras y de recibir su bendición.

La Reina de Inglaterra no hace nada de esto, señor; y ella estaría más obligada á hacerlo, que cualquier otro soberano, porque es también el Sumo Pontífice de la Iglesia Anglicana.

Creo que más le gustan las partidas de caza, que las visitas de los hospitales.

Hoy mismo ha escandalizado al mundo su indiferencia ante la lucha encarnizada de dos grandes pueblos; parece que la corona de la Gran Bretaña fuera llevada por una estatua de mármol, y no por quien, si no tiene el corazón de una reina, debía tener siquiera el corazón de una mujer.

En Roma, la caridad, que tiene su centro en el co-

razón del Papa, se difunde de allí á todos los miembros del clero y la nobleza.

Para persuadirse de ello, basta visitar, en los días de la Semana Santa, el gran Hospicio de la *Trinidad de los Peregrinos*.

La grande alma de Felipe Neri, el Apóstol de Roma, fue la que concibió el grandioso pensamiento de su fundación.

En este Hospicio, que es un gran palacio, se reúnen todos los años algunos millares de cristianos, que van á Roma con el traje del peregrino y los sentimientos del penitente, á pedir el perdón de sus pecados, á venerar las sagradas cenizas de los Santos Apóstoles, y á recibir la bendición de su Pastor y de su Padre.

Allí los esperan los más altos dignatarios del clero y los más encumbrados personajes de la nobleza para recibirlos con honor, y servirles á la mesa, honrándose en ser los *criados de los pobres*.

Yo he visto, señor, á algunos miembros del Sagrado Colegio y á algunos Príncipes de Roma, vestidos con un traje humillante, y ceñido al cuerpo un gran mandil, ocupados en servir la comida de los pobres, en traer y llevar los platos y en limpiarlos después; yo he visto de rodillas, ante un pobre de mi Señor Jesucristo, al Cardenal, al Obispo y al Sacerdote; yo he visto sus manos venerables unguadas por el óleo santo, ocupadas en lavar los callosos y mugrientos pies del campesino y del mendigo; yo he visto inclinada su cabeza, en señal de reverencia, ante esa sublime dignidad de la pobreza penitente, yo he visto sus labios, que guardan inviolablemente la sabiduría y la ciencia, imprimiendo en los pies del pobre un tierno ósculo de veneración y de amor; yo he visto correr, en las mejillas de un hombre de mundo, lágrimas silenciosas, que arrancaba á su corazón la sublimidad de este espectáculo; todo esto he visto, señor; todo esto, que sólo se ve en Roma; todo es-

to, que en todas partes llama la atención, menos en Roma; pero también tuve, mientras mis ojos veían esas escenas, una visión del alma, ví á Jesús, peregrino por el mundo, y representado por sus pobres, pidiendo pan, vestido y albergue, y ví que la Caridad le salía al encuentro, con la sonrisa en los labios y las manos cargadas de presentes; esta fue una visión del cielo que me explicó los prodigios que mis ojos vieron en la tierra.

En Inglaterra, señor, sucede lo contrario. El hielo de la corte se comunica á todas las articulaciones de esa aristocracia egoísta, que gasta ingentes caudales en criar perros y caballos, mientras que MUCHOS HOMBRES SE MUEREN DE HAMBRE.

No hay necesidad de decir más.

Termino esta carta, haciendoo una pregunta; ¿por qué en vez de escribir al Papa, reprendiéndole, violando, así, todos los deberes y todas las conveniencias de vuestro estado, no escribís á la Reina Victoria, aconsejándola que se divierta un *poco menos* y atienda un *poco más* al bienestar de su pueblo?

Tócame ya hablaros de los otros dos cargos que habéis hecho á la Curia Romana.

Vuestro atento servidor

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 5 de noviembre de 1870.

*
**

CARTA OCTAVA

Sr. Dr. D. Francisco de P. González Vigil.

Muy respetado señor:

La unidad de Italia está perdida sin remedio.